

## La generosidad en las relaciones familiares

ELDA MILLÁN GHISLERI  
Universidad Villanueva (UV)

MARÍA JOSÉ IBÁÑEZ AYUSO  
Universidad Complutense de Madrid (UCM)

«Cuando contemplamos a un hombre generoso, detectamos la necesidad de superar nuestro ser mortal y reencontrarnos con el sentido auténtico de nuestra vida. Somos para darnos» (Villapalos y San Miguel, 2001, p. 77). Esta cita pone de manifiesto lo atractiva que resulta la generosidad. La persona generosa atrae, incita a querer parecerse a ella y despierta deseos de nobleza. Esto sucede porque la persona está hecha para darse a los demás. La generosidad plenifica la expresión de que el hombre es un ser «social por naturaleza». «Se trata de una entrega, una decisión libre de entregar lo que uno tiene» (Isaacs, 2010, p. 50).

La generosidad es una virtud y, por tanto, un acto libre de la persona que se entrega. Al ser libre, no es algo «espontáneo», sino que está mediado por la inteligencia, porque somos capaces de *distinguir* lo que es bueno y por la voluntad porque podemos *quererlo*. Esto significa que la persona que desea ser generosa se da cuenta de que darse es algo bueno (gracias a la inteligencia), y, de hecho, se da (a través de la voluntad). Esto es muy interesante, porque si queremos ser generosos, podemos trabajar en ello. La generosidad es una virtud en cuyo desarrollo la familia tiene un importantísimo papel. De hecho, el niño nace «en el seno de una generosidad que lo acoge» (Amilburu *et al.*, 2018,

p. 120) y esta acogida posibilita, en primer lugar, el descubrimiento de la propia dimensión relacional. Mediante la convivencia familiar, los niños poco a poco pueden comprender que son «de otros», «con otros» y «para otros».

La generosidad es una virtud que tiene numerosas ventajas. Recientemente (Francisco-Carrera y Véliz-Burgos, 2020), se ha señalado la necesidad de la educación en la generosidad como una forma de ecología con el entorno y de cuidado de los demás. El cuidado del entorno está cobrando interés en los últimos años (Alonso-Sainz, 2021), incluso en algunos contextos se le da más peso que al cuidado de las personas. Esta idea del cuidado tiene su origen en la «ética del cuidado» ya propuesta en la década de los ochenta por Gilligan y Noddings. El cuidado del otro y la generosidad son temas de suma actualidad que conviene recuperar e impulsar pues ahí está la clave de lo propiamente humano. Por otro lado, cuando se fomenta la generosidad y se le da un valor educativo, se dota de estrategias a los jóvenes para un desenvolvimiento social más enriquecedor y profundo. También bajo el paraguas de la psicología positiva (López, 2017) se habla de que el verdadero bienestar se logra cuando la persona es generosa y se da a los demás.

La generosidad en el contexto familiar puede desarrollarse en distintos ámbitos y abordarse desde diferentes puntos de vista; podemos hablar de la generosidad de los padres hacia los hijos y de los hijos hacia los padres, de la generosidad entre hermanos y de aquella que se desarrolla en las relaciones con la familia extensa. En la propuesta pedagógica, se irán desglosando y proponiendo estrategias específicas para cada uno de estos ámbitos.

En primer lugar, se puede considerar la generosidad desde los padres hacia los hijos. Esta relación de generosidad puede ser vivida como algo «natural», ya que lo suyo es que los padres cubran las necesidades básicas de desarrollo de sus hijos. Esto incluye la crianza y la educación. Los padres son generosos con sus hijos cuando buscan darles lo mejor, lo que sus hijos «se merecen». Sin embargo, «lo mejor» puede llevar a equívocos. Puede ocurrir que los padres busquen dar aquello que ellos no tuvieron y caigan en un cierto sobreproteccionismo de los hijos o se dé

más de lo que es bueno que los hijos reciban. Aquí es interesante que los padres piensen y reflexionen sobre qué es lo que consideran como «lo mejor» para sus hijos. En ocasiones, ese «lo mejor» supondrá provocar una cierta violencia, pues exigirá fortaleza y hacer algo que no apetece.

También conviene reflexionar sobre el contenido de lo que los padres quieren dar a sus hijos. Con frecuencia lo que realmente demandan los hijos es el «tiempo» de los padres. Ahí los padres deben ser generosos al dar su tiempo, aunque pueda suponer aburrimiento, sacrificios o unos ingresos económicos inferiores a los deseados. Sin embargo, en el tiempo que se dedica a los hijos, en realidad se teje la urdimbre de la confianza y la comunicación. Si queremos que nuestros hijos confíen en nosotros en la adolescencia, hay que dedicarles tiempo desde que son pequeños: jugar con ellos, que se sientan validados, valorados, escuchados y queridos. Y para ello, es preciso dedicar tiempo material. Ese tiempo exige una atención total hacia los hijos.

Sin duda, en la actualidad, las exigencias laborales impiden muchas veces dedicar tiempo en cantidad a los hijos. Si no se puede dedicar tiempo en cantidad, habrá que primar la calidad de este y suplir los fines de semana, en vacaciones, etc. Un elemento que puede dificultar esto es el teléfono móvil. Si estamos atendiendo a los hijos, debemos poner toda la atención en ellos. La escucha activa supone dejar el móvil, apagarlo o guardarlo. Distintas investigaciones (Solecki, 2022; Zhang *et al.*, 2021; Wang *et al.*, 2020) han mostrado el fuerte impacto negativo que tiene para los hijos el que los padres usen el móvil mientras los atienden, repercutiendo especialmente en su salud mental, en el debilitamiento de su autoestima y en la adicción de los padres a las redes sociales. Si queremos evitar en nuestros hijos un uso inadecuado o la adicción a las redes sociales, debemos ir por delante.

Aparcar el móvil, mirar a los hijos y escucharlos con atención e interés, «estar» con ellos. Se puede hablar de qué planes o actividades le gusta a cada uno y se puede proponer hacer ese plan y disfrutar toda la familia. Esto favorece la generosidad y también la comunicación y el conocimiento de los gustos en todos los

miembros de la familia. Estas actitudes manifiestan la importancia que son, «de hecho», para nosotros. También les damos el mensaje de lo que realmente es valioso: el cuidado y la atención en la familia. Así fomentamos una personalidad sólida y segura, pues está anclada en los vínculos sólidos familiares.

En la generosidad, se trata de dar, pero también ser generoso supone «aprender a recibir», a aceptar lo que otros dan. Aunque no apetezca o uno considere que lo hace mejor que los demás. Por ejemplo, puede ocurrir que a veces los padres sean invasivos con los hijos y no permitan que sus hijos sean generosos, pues siempre se anticipan a lo que necesitan, o consideran que ellos lo hacen mejor. «Total, ya lo hago yo». Es muy importante dar oportunidades y sugerir ocasiones en las que los hijos pueden ser generosos. Por ejemplo, ayudando en las tareas de la casa, aunque lo hagan torpemente, haciéndose la cama (aunque quede todo arrugado). Es bueno dejar que los hijos ayuden; y aunque puede que no hagan las pequeñas tareas domésticas tan bien como las harían los padres es importante acoger la generosidad de los hijos con un acto de generosidad a menudo costoso: vencer el perfeccionismo adulto en pos de la autonomía y crecimiento de los propios hijos. Además, esto refuerza su autoestima, ya que se sienten valorados y perciben que lo que hacen es bueno y querido en su familia. Además, se siembra confianza en las relaciones interpersonales familiares, ya que nos sentimos valorados.

Asimismo, enseñar a los hijos a aprender a recibir genera oportunidades educativas para que desarrollen la humildad y para que descubran su necesidad del otro. Aprender a recibir y a dar elogios de forma auténtica posibilita que los hijos desarrollen, por un lado, un conocimiento ajustado de quiénes son, entendiendo sus fortalezas, acogiendo sus debilidades y entendiendo que los dones de los otros lejos de ser ocasión de rivalidad permiten descubrir la complementariedad. Descubrir y entender lo bueno que se tiene, al tiempo que educar la mirada para descubrir lo bueno de otros, permite una mejor relación con la propia vulnerabilidad. En la aceptación de las limitaciones ajenas, el perdón es un elemento fundamental. Sobre esto hablaremos más adelante.

Se puede considerar otro punto de vista de la generosidad, el de los hijos hacia los padres. Los hijos se deben a los padres, pues a ellos les deben, en gran parte, la vida. Una forma de ser generoso con los padres es dedicarles tiempo. El valor de ello se comprende mejor si previamente se les ha dedicado tiempo a los hijos. En la familia, sus miembros disfrutan pasando tiempo juntos donde cada uno puede mostrar quién es y aquello que le gusta. Otra forma de ser generosos en casa puede ser colaborando en las tareas del hogar, haciendo la cama, recogiendo la habitación, por ejemplo. Tener encargos en casa fortalece el sentimiento de pertenencia intrafamiliar, contribuye a que los hijos se sientan valiosos y favorece la generosidad.

Los hermanos desempeñan un importante papel en el desarrollo de la generosidad. Compartir lo que se tiene, dejarle al otro lo que más le gusta a uno, ceder, etc., son algunas oportunidades cotidianas para ejercitar la generosidad con los hermanos. Los padres deben procurar que los hijos se quieran, se escuchen, se acepten como son, con sus diferencias. En las relaciones entre los hermanos, debe primar siempre el respeto y el cariño, a pesar de las diferencias. Si los hermanos se pelean, es importante fomentar siempre la reconciliación. La infancia y la adolescencia son etapas en las que los hermanos se pelean siempre. Fomentar desde pequeños el pedirse perdón, enseñar a aceptar y querer las diferencias entre los hermanos, va construyendo la base para establecer relaciones sólidas que tendrán su fruto en la adolescencia, la juventud, o la edad adulta. En familias de hijos únicos, esto se puede trabajar con primos o con amigos muy próximos.

La familia extensa también es otro ámbito interesante que ofrece oportunidades de desarrollo de la generosidad: ir a visitar a los abuelos o a los tíos. Es interesante plantearlo desde un punto de vista positivo, dando valor a poder cuidar y visitar a esos familiares: «¡Qué suerte que vamos a ver a los abuelos!». Al buscar situaciones concretas en las que se pueda destacar la riqueza y el valor de la familia, además de trabajar la generosidad, estos actos fomentan los vínculos familiares y son una oportunidad formativa para los hijos.

## Cuatro situaciones cotidianas para ejercitar la generosidad

La convivencia diaria en el seno familiar genera numerosas ocasiones que pueden aprovecharse para ayudar a los hijos a ejercitar la generosidad. Los conflictos, los éxitos, las normas, los juegos y un largo etcétera de situaciones del día a día contienen el potencial de generar grandes experiencias educativas en las que acompañar a los hijos en un mejor conocimiento de sí mismos, de los otros y del modo en el que quieren estar en el mundo. Por tanto, resulta fundamental en este proceso la actitud de los padres. En primer lugar, los padres han de estar atentos para transformar estas situaciones cotidianas en ocasiones formativas. En segundo lugar, cuando los padres viven estas situaciones en primera persona, su ejemplo resulta vital, pues «educar significa introducir la realidad mediante el testimonio de una forma de estar ante la vida y las cosas» (Nembrini, 2014, p. 68).

### El error: una oportunidad para el perdón

Tanto en la relación con los hermanos como con sus iguales, los hijos experimentan con cierta frecuencia las consecuencias de los errores y equivocaciones de los otros en su propia vida. Estos errores pueden ser de distinta naturaleza: algunos tendrán un carácter intencionado, otros habrán sido causados aun obrando de buena fe y otros reflejarán debilidades o vulnerabilidades propias de quien los cometió. Con independencia de la naturaleza del error, los niños tienen siempre dos posibilidades: el resentimiento o el perdón. Distintas investigaciones han puesto de manifiesto la importancia del perdón para el bienestar de la persona y la integración de experiencias negativas y dolorosas como el *bullying* (Millán y Caro, 2021; Barcaccia *et al.*, 2018; Wade *et al.*, 2014).

Perdonar supone poner en práctica muchos de los rasgos de la generosidad comentados al inicio de este capítulo, pero consideramos que el perdón permite desarrollar especialmente tres. En primer lugar, precisa ejercitar una mirada profunda sobre el otro. Una mirada capaz de ver más allá del error para contemplar en

aquel que nos ha herido a un ser humano que, como uno, posee heridas y vulnerabilidades que le llevan a comportarse de un modo dañino para los demás, sin muchas veces pretenderlo. Una mirada profunda capaz de observar el error cometido a la luz de una relación afectiva más amplia (ej., una amistad o un vínculo fraternal) y que, por tanto, por encima del dolor que pueda haber causado dicho error, se abre al diálogo con el otro. En segundo lugar, el perdón permite experimentar a los hijos el difícil binomio compasión-exigencia. Cuando los hijos perdonan a otros, realizan un acto de amor, descubriéndoles que el amor precisa la verdad. En ocasiones, los hijos pueden verse tentados a no afrontar conversaciones difíciles con amigos por miedo a sus reacciones y prefieren callar aquello que les ha hecho daño. Sin embargo, este callar deteriora la relación poco a poco, pues la amistad precisa la verdad. No se trata de una verdad despojada de amor con el típico «Yo te digo todo porque soy supersincero», sino de una verdad anclada en la búsqueda del bien de aquel a quien se ama, y que, por tanto, el modo de comunicar busca construir la relación y hacer mejor al otro. En tercer lugar, perdonar supone descubrir que los otros no son perfectos. En el fondo supone aceptar a los amigos tal y como son, aunque en ocasiones no actúen como desearíamos. Este entender que los otros tienen grandes fortalezas, pero también defectos, y que se les quiere en la totalidad de lo que son permite a los hijos entender que ellos también son amados «con» sus defectos, y no a pesar de sus defectos.

Una manera de ayudar a los hijos a ser capaces de ejercer el perdón, con las condiciones mencionadas anteriormente, surge cuando son ellos quienes se enfrentan a pedir y recibir el perdón del otro. Es importante que los padres no pasen por alto los momentos en que los niños cuentan cómo han pedido perdón a un amigo en el colegio, o cuando piden perdón dentro de casa por algo que ha sucedido. En ese momento, los padres, a través de diversas preguntas, pueden ayudar al niño a reflexionar sobre la grandeza que supone el perdón y sobre la vulnerabilidad propia de la condición humana. Debido a que el perdón es una experiencia que afecta al ser humano por completo, las preguntas deben dirigirse a todas las dimensiones de la persona; pues si no,

fácilmente se corre el riesgo de quedarnos en un plano meramente racional o emocional. A continuación, se ofrece una batería de preguntas (tabla 2.6) que pueden servir para formar a los hijos en el perdón.

**Tabla 2.6.** Batería de preguntas para facilitar el diálogo con los hijos

Racionales	¿Qué ha sucedido? ¿Por qué has actuado de esta forma? ¿Qué ha significado para ti que te hayan perdonado? ¿Por qué era importante que tu amigo/hermano te perdonase? ¿Te ha costado pedir perdón? ¿Por qué? ¿Por qué crees que te ha perdonado?
Emocionales	¿Cómo te sentías antes de pedir perdón y después de haberlo pedido? ¿Qué te ha ayudado a pedir perdón? ¿Cómo te ha hecho sentir la respuesta que te ha dado? ¿Qué te gustaría que hubiera hecho tu amigo/hermano diferente para perdonarte?
Volitivas	¿Por qué has tardado en pedir perdón? ¿Qué te cuesta pedir perdón? ¿Qué crees que ha sido lo más difícil para tu amigo de perdonarte?

Una vez que se ha conversado con los hijos, es importante plantearles una pregunta final que les permita trasladar su experiencia de haber sido perdonados al ejercicio del perdón sobre otros. Con las respuestas que den los hijos, se pretende ayudarles a deducir claves que les permitan en un futuro afrontar el perdón sobre los otros.

- ¿Qué aspectos puedo potenciar en mis hijos para que sean capaces de descubrir la grandeza del perdón?
- ¿Qué tipo de preguntas suelo plantear con mayor frecuencia? ¿Racionales, emocionales, volitivas?
- ¿Qué ejemplo de perdón cotidiano estoy ofreciendo a mis hijos?

## El conflicto: una posibilidad para el encuentro

A menudo tanto en el colegio como dentro del hogar surgen inevitablemente los conflictos. Las peleas con amigos o hermanos



pueden convertirse en una ocasión para enseñar a los hijos a gestionar los desencuentros desde la óptica de la generosidad.

Esta manera de abordar los conflictos precisa fomentar rasgos de la generosidad como pueden ser la aceptación de uno mismo, la comunicación asertiva, la empatía o el señorío de uno mismo. En primer lugar, enseñar a gestionar los conflictos de esta forma supone acrecentar en los niños un conocimiento adecuado de su propia identidad. Un conocimiento que les dé la suficiente confianza y amor propios para poder abrirse a escuchar críticas sobre el propio comportamiento. Un conocimiento que les haga entender que sus defectos no cambian su valor. En segundo lugar, el conflicto posibilita también ejercer una comunicación generosa. Una comunicación capaz de salir de uno mismo, para estar en silencio y escuchar al otro. Una comunicación que busca entender la perspectiva del otro. Por último, permite también acrecentar el señorío de uno mismo que, frente a una reacción impulsiva, es capaz de dominarse para cuidar del otro y evitar actuar en el ardor del conflicto.

Un recurso que podemos usar con nuestros hijos para enseñarles a gestionar un conflicto desde el prisma de la generosidad es ofrecerles unas sencillas autoinstrucciones con tres pasos que seguir. Según la edad que tengan, puede ayudar poner estas instrucciones con forma de pictograma o sencilla infografía para que los tengan más presentes.

- Paso 1. ¿Qué me pasa?: Respira profundamente y piensa: ¿qué relación tengo con la persona con la que me he enfadado?, ¿por qué nos hemos enfadado?, ¿qué me ha molestado a mí y qué le ha podido molestar al otro?, ¿qué estoy sintiendo?
- Paso 2. Claves externas: ¿Es el mejor momento y lugar para hablar de lo que nos pasa?, ¿cómo se siente la otra persona (rabioso, enfadado, triste...)?, ¿el espacio es adecuado para poder hablar sin que nos molesten?, ¿me encuentro tranquilo para poder hablar?
- Paso 3. Objetivo: ¿Qué quiero conseguir con esta conversación?, ¿qué necesito de la otra persona?, ¿qué podría haber hecho yo mejor?

Ante situaciones de conflicto, se les puede sugerir a los hijos tres claves. En primer lugar, reconocer las propias emociones y enseñarles cómo nuestros afectos nos ayudan a entender la realidad, pero no deben dominarnos, ya que las personas tenemos la capacidad de elegir cómo actuar ante aquello que sentimos. En segundo lugar, ser generoso a la hora de resolver un conflicto implica tener presente el cuidado del otro tanto en la forma como en la elección del lugar donde tenemos la conversación. Por ello, hemos de enseñar a nuestros hijos que, a veces, es mejor esperar y hablar con el otro cuando el contexto permite generar un clima más constructivo. La última clave pretende que los niños se planteen cuál es el objetivo que quieren lograr con la conversación. Al gestionar el conflicto, se debe tener presente que lo que se busca es un auténtico encuentro con el otro. Esto permite afrontar la conversación con humildad y paciencia.

- ¿Cómo gestionamos los conflictos en casa? ¿Qué claves podemos incorporar?
- ¿Conocen nuestros hijos sus emociones? ¿Cómo podemos ayudarles a entenderlas mejor?
- ¿Cómo podemos generar espacios en el hogar donde nuestros hijos puedan hacer silencio e introspección?

## La sostenibilidad como espacio de crecimiento

Diariamente en el hogar se consumen muchos productos y recursos naturales. Todas estas acciones cotidianas de consumo revelan, en el fondo, una mirada sobre los otros y sobre el entorno. Una mirada que puede estar impregnada de responsabilidad, generosidad y agradecimiento, o, por el contrario, una mirada centrada en el propio bienestar.

Enseñar a los hijos a ejercer un consumo responsable permite educar tres rasgos muy importantes relacionados con la generosidad: la sobriedad, el dominio de uno mismo y la responsabilidad. Tener presente que el consumo no solo afecta a uno mismo, sino también a muchas personas del planeta, y que del propio consumo dependerá el futuro de las siguientes generaciones

permite suscitar en los hijos el deseo de vivir de forma sobria y responsable. La sobriedad no ha de ser entendida como un mero ejercicio volitivo de negación de uno mismo, sino como una muestra de amor y cuidado hacia el otro, que revierte en un mayor señorío de uno mismo. Asimismo, esta educación en el consumo responsable permite que los niños ejerzan este rasgo desde la generosidad, pues «la responsabilidad no es un acto de voluntad unilateral, sino una expresión de voluntad de servicio» (Villalpalos y San Miguel, 2001, p. 256).

A continuación, se proponen dos situaciones concretas en las que las tres erres de la ecología (reducir, reutilizar y reciclar) pueden ponerse al servicio de la generosidad. Para ello, al igual que con las estrategias anteriores, el diálogo de los padres con los hijos resulta fundamental. Mediante la formulación de preguntas, de la escucha activa y de la generación de ambientes de reflexión, los padres pueden ayudar a sus hijos a trascender los comportamientos ecologistas hacia una verdadera preocupación por los otros.

**El consumo de agua:** La falta de agua potable constituye en nuestro mundo la mayor de las pobrezas. Hacer conscientes a los hijos de las dificultades de millones de personas para acceder al agua permite hacerles reflexionar sobre la importancia de ser agradecido y responsable con su uso. Por ello, es importante educar en la realidad y proporcionar a nuestros hijos datos (adaptados a su edad) que les hagan conscientes de esta situación. Durante el mes de marzo, con motivo de la celebración del día mundial del agua, suelen publicarse numerosos recursos educativos con los que podemos trabajar con ellos. Una acción sencilla que podemos acometer es la de tener una tabla en un sitio visible del hogar en el que mensualmente se escriban los litros de agua que se han consumido para, posteriormente, realizar con los hijos una reflexión en torno a lo que sería un consumo responsable. Esta conversación no debe plantearse como un regaño, sino como un reto de cuidado hacia los otros.

**El cambio de armario:** Los cambios de armario ofrecen una oportunidad para hacer conscientes a los hijos de todo lo que tienen y para ejercer también su creatividad. Una idea sencilla para hacer en familia es pensar en personas que puedan dar un

nuevo uso a la ropa que ya no les sirve. Donar la ropa a otras personas que la puedan necesitar permite ejercitar el desprendimiento y ver el resultado de su generosidad en pequeños impactos en vidas concretas.

- ¿Qué entendemos por sostenibilidad?
- ¿Qué acciones concretas podemos realizar en nuestro hogar para ejercitar la generosidad a través de la sostenibilidad?
- ¿Cómo podemos despertar en nuestros hijos una mirada hacia la sostenibilidad cuyo eje central sea la generosidad y el cuidado del otro?

## Agradecer: el primer paso para responder

Para fomentar la generosidad en los hijos la gratitud constituye una pieza fundamental, pues «la gratitud no es una actitud silente o pasiva. La gratitud es acción» (Villapalos y San Miguel, 2001, p. 245). La gratitud, por tanto, se convierte en el rasgo movilizador de la persona que posibilita la entrega propia de la generosidad.

Enseñar a los niños a agradecer permite sembrar el terreno adecuado para que pueda brotar la generosidad. Educar en la gratitud supone, asimismo, cultivar la interioridad y la mirada. En primer lugar, el agradecer necesita el silencio. No solo el silencio exterior, sino también el silencio interior. Por ello, en un mundo de actividad incesante, enseñar a los niños a agradecer supone también enseñarles a detenerse, a reflexionar y a caer en la cuenta de las múltiples cosas, personas y oportunidades que les son dadas cada día. El ejercicio de este silencio es necesario para el cultivo de la propia interioridad. En segundo lugar, agradecer permite también educar la mirada. Una mirada que, en medio de las dificultades, es capaz de encontrar todo lo extraordinario que esconden los días aparentemente ordinarios.

Ejercitar la hospitalidad en el hogar brinda la oportunidad de fomentar la generosidad de los hijos desde el seno familiar. Las reglas de protocolo y urbanidad pueden ser enseñadas como meros formalismos necesarios para un correcto comportamiento público o, por el contrario, puede mostrarse a los hijos que estos

comportamientos son una forma de mostrar a los otros el respeto y cariño que les tenemos. De esta forma, las visitas de invitados al hogar, mandar fotos durante las vacaciones para mostrar que nos acordamos de los seres queridos, enviar felicitaciones navideñas y la preparación esmerada de los cumpleaños familiares son una ocasión única para que los hijos ejerciten su generosidad desde el cuidado al otro en los detalles.

- ¿Qué ocasiones cotidianas podemos emplear para que nuestros hijos pongan la urbanidad y el protocolo al servicio de los otros?
- ¿Qué importancia damos como familia al cuidado formal de los eventos familiares?
- ¿Qué detalles podemos invitar a nuestros hijos a tener con otras personas para mostrarles su gratitud y cariño?

## Reflexiones finales

A modo de conclusión de este breve capítulo, a continuación, recogemos algunas de las ideas clave que se han desarrollado en estas páginas:

- La generosidad es una de las virtudes más relevantes para la vida social de la persona.
- La familia constituye un ámbito privilegiado para el desarrollo de esta virtud.
- El ejemplo de los padres resulta fundamental para el aprendizaje de los hijos.
- Las situaciones cotidianas son el lugar idóneo para el desarrollo de la generosidad. Para ello, el diálogo con los hijos y el fomento de la introspección y del silencio resultan imprescindibles.
- La generosidad posibilita el desarrollo de otras virtudes fundamentales para la amistad.
- La generosidad eleva actitudes sociales como pueden ser la ecología, la sostenibilidad y las normas de urbanidad, dándoles su verdadero sentido: el cuidado de los demás.

## Referencias bibliográficas

- Amilburu, M. G., Bernal, A. y González Martín, M. R. (2018). *Antropología de la educación. La especie educable*. Síntesis.
- Amoroso, C. y Jacklin, D. (2018). *La generosidad*. Weigl.
- Alonso-Sainz, T. (2021). Educación para el desarrollo sostenible: una visión crítica desde la Pedagogía. *Revista Complutense de Educación*, 32 (2), 249-259. <https://doi.org/10.5209/rced.68338>
- Barcaccia, B., Milioni, M., Pallini, S. y Vecchio, G. M. (2018). Resentment or forgiveness? The assessment of forgivingness among Italian adolescents. *Child Indicators Research*, 11 (4), 1407-1423. <https://doi.org/10.1007/s12187-017-9483-6>
- Francisco-Carrera, F. J. y Véliz-Burgos, A. (2020). Educación, generosidad, ecología y silencio: hacia una didáctica de la salud y el bienestar en las aulas del siglo XXI. *Revista Costarricense de Psicología*, 39 (1), 19-34. <https://doi.org/10.22544/rcps.v39i01.02>
- Giussani, L. (2006). *Educar es un riesgo. Apuntes para un método educativo verdadero*. Encuentro.
- Isaacs, D. (2010). *La educación de las virtudes humanas y su evaluación* (15.ª ed.). Eunsa.
- López, M. (2017). *El libro de la generosidad*. Grijalbo.
- Millán, E. y Caro, C. (2022) Prevención de la violencia y el acoso en la red en adolescentes: estrategias familiares de crecimiento personal. *Teoría de la Educación: Revista Interuniversitaria*, 34 (1), 105-124. <https://doi.org/10.14201/teri.26157>
- Nembrini, F. (2014). *El arte de educar. De padres a hijos*. Encuentro.
- Solecki, S. (2022). The phubbing phenomenon: The impact on parent-child relationships. *Journal of Pediatric Nursing*, 62, 211-214. <https://doi.org/10.1016/j.pedn.2021.09.027>
- Villapalos, G. y San Miguel, E. (2001). *Los valores de los grandes hombres*. Planeta+Testimonio.
- Wade, N. G., Hoyt, W. T., Kidwell, J. E. M. y Worthington, E. L. (2014). Efficacy of psychotherapeutic interventions to promote forgiveness: a meta-analysis. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 82 (1), 154-170. <https://doi.org/10.1037/a0035268>
- Wang, X., Gao, L., Yang, J. y Zaho, F (2020) Parental phubbing and adolescents' depressive symptoms: self-esteem and perceived social

support as moderators. *J Youth Adolescence*, 49, 427-437. <https://doi.org/10.1007/s10964-019-01185-x>

Zhang, Y., Ding, Q. y Wang, Z. (2021). Why parental phubbing is at risk for adolescent mobile phone addiction: a serial mediating model. *Children and Youth Services Review*, 121. <https://doi.org/10.1016/j.childyouth.2020.105873>